

CENTINELAS DE LA MAR. MÚLTIPLES POSIBILIDADES DE ELECCIÓN

Brian Wanstall, *Interavia*, Agosto de 1984, pp. 761-763.

El alto costo de los aviones de exploración aeromarítima y antisubmarina los deja fuera del alcance de los países pequeños que desean vigilar la Zona Económica Exclusiva, produciendo el interés de los fabricantes para desarrollar aviones más baratos para estas misiones.

El reconocimiento del derecho internacional a las 200 millas náuticas correspondientes a la Zona Económica Exclusiva de los países ribereños ha tenido importantes consecuencias para la industria de aviación, debido a la necesidad de los países de vigilar su patrimonio con aeronaves, por lo que muchas firmas ofrecen versiones de modelos comerciales transformados en aviones de vigilancia marítima que son baratos comparados con los aviones militares para lucha antibuque o antisubmarina.

Hoy en día puede encontrarse desde el Cessna 402 hasta el Hércules C-130H-MP. Básicamente, todos poseen una autonomía de tres a cuatro horas en el área, un radar de vigilancia, ya sea frontal, bajo el fuselaje o de exploración lateral, un equipo de navegación VLF Omega o inercial y sensores infrarrojo o TV. El costo varía de 4 a 35 millones de dólares.

**PROGRAMAS ESPACIALES MILITARES ESTADOUNIDENSES.
PRIORIDAD PARA LA SUPERVIVENCIA**

Gowri S. Sundaram, *Revista Internacional de Defensa*, 17(8), Agosto de 1984, pp. 1019-1030.

El sistema espacial de telecomunicaciones utilizado por la Armada y la Fuerza Aérea de Estados Unidos está formado por cuatro satélites FLEETSATCOM que giran en órbitas geoestacionarias sobre el océano Índico, el océano Pacífico y el territorio del país.

El tema da a conocer ciertas ideas de utilización militar del espacio, a través de una descripción de los vehículos de lanzamiento, telecomunicaciones, sistemas de navegación de los satélites, satélites meteorológicos, vigilancia y defensa espaciales y nuevas tecnologías. También, destaca la iniciativa de defensa estratégica del presidente Reagan, como asimismo el sistema antisatélites estadounidense.

PAGINA MARINA***VARADA DE ALTO RANGO**

Raúl Torres Rodríguez
Capitán de Fragata (R)

Necesidades del servicio y mi especialidad no me habían dado la oportunidad de conocer esa zona de nuestro país formada por los archipiélagos de Chiloé, de las Guaitecas y de los Chonos, salvo algunos canales patagónicos en esporádicos viajes a Punta Arenas. Sentí entonces una inmensa alegría cuando el Director de Personal de la Armada me comunicó que me designaba comandante de la escampavía *Yelcho*, con base en Puerto Montt, puesto que debería tomar a la brevedad posible porque el actual comandante había

* Sección que presenta al lector cortos textos literarios de clara ambientación marina. Pueden provenir de colaboraciones originales e inéditas, remitidas especialmente, o ser reproducciones de textos aparecidos anteriormente en *Revista de Marina* o extractados de obras ya publicadas que han devenido en verdaderos clásicos en su género.

enfermado de gravedad. Cuarenta y ocho horas después me presentaba a la Gobernación Marítima para que dicha autoridad hiciera mi nombramiento como el nuevo comandante, al día siguiente. Cumplido este trámite, recibí la orden de prepararme para zarpar apenas llegara a bordo el Ministro de Marina y su familia, quien – como hacía 20 años – venía a una caleta de isla Grande, en donde conservaba la casa en que naciera.

La *Yelcho* era la heroica nave en que cumpliera su recordada hazaña el Piloto Pardo. Debo hacer presente que en el momento en que recibí el mando, el buque no estaba en muy buenas condiciones: tenía rota su caldera, carecía de radiotelegrafía y de todo otro elemento moderno para cumplir eficazmente las tareas de la zona.

El Almirante llegó puntualmente con su señora y cuatro hijos. Apenas recibido se dirigió al puente de mando, imponiéndose que, desde luego, no había carta náutica, ni plano, ni siquiera un croquis de la caleta a la que nos dirigíamos.

— No se preocupe, comandante – me manifestó el Almirante – si Ud. me permite, con todo agrado lo ayudaré. Conozco esta isla desde que nací y aquí se formó mi carácter de navegante.

— Con todo agrado, Almirante – respondí – yo no conozco la zona, así que su ayuda me será muy útil.

Calculamos llegar alrededor de las 5 de la tarde. Poco antes, el Almirante regresó al puente y estuvimos conversando amigablemente, recordando hechos marineros del pasado.

Media hora más tarde, al parecerme que la isla se nos venía encima, ordené “media fuerza a la máquina”.

— Todavía estamos lejos, comandante; siga a toda fuerza adelante no más.

Le hice caso, pero diez minutos después, cuando me parecía que la isla estaba encima del buque, ordené “media fuerza, sonda timonel”.

— Veinte brazas, no hay fondo – contestó el timonel.

— Ve, comandante, estamos muy lejos todavía – argumentó el Almirante.

Una vez más no le hice caso y ordené “para la máquina”. Poco después ordené “sonda timonel”.

— Varado el buque, comandante – respondió éste.

— Perdone, comandante, la culpa ha sido mía, porque olvidé que aquí la isla es cortada a pique – dijo el Almirante.

— No se preocupe, Sr. ministro – contesté. Luego saldremos, porque la marea está comenzando a subir. Enseguida, ordené arriar una chalupa y envié mis pasajeros a tierra. El Almirante observaba con sus anteojos binoculares, y cinco pañuelos blancos revoloteaban sobre el puente de mando como una bandada de gaviotas costeras.

Tres pitidos largos fue mi señal de despedida. Puse proa al norte a toda velocidad y me dirigí a la sala de cartas para escribir mi primera página, como comandante, en el bitácora, en la que coloqué como subtítulo: "Una varada de alto rango", lo que celebraban alegremente mis oficiales, especialmente el Guardiamarina Oficial de Navegación, quien con los años llegó a ser uno de los más eficientes canaleros de la época.

Poco tiempo después, una tarde, recibí una carta del ministro, en la que me expresaba los agradecimientos de su familia, y propios, por las atenciones recibidas a bordo y por los momentos gratos que habíamos pasado conversando en el puente de mando. Una vez más me expresaba que él había sido el único culpable de lo ocurrido.

Le contesté una carta de mucha confianza, en la cual le contaba mis anotaciones hechas en el bitácora. El Almirante me respondió, comentando alegremente dicha acotación, frase que recordaría por muchos años.

Mis oficiales, cada vez que llegaban al puente, celebraban tal locución.

Es que la Marina del pasado era así; eficiente para la época, amena y pintoresca, en donde soplaba un aire de "no-se-qué" que la hacía vivirla con alegría contagiosa.

